

CARTA PASTORAL NÚMERO 3

- El orgullo (del francés orgueil) es un sentimiento de valoración de uno mismo por encima de los demás, haciendo de sí mismo una persona altiva, altanera, arrogante y vanidosa, que siente desprecio por los demás, porque se basa en la satisfacción de la propia vanidad, del yo o ego.
- Monseñor Builes, con su sentido de observación, describe de forma magistral este pecado capital y advierte de los peligros que llevan a ser un antitestimonio de un verdadero católico, humilde, generoso y compasivo.

30 de agosto de 1925

EL ORGULLO

Monseñor Miguel Ángel Builes
Obispo de Santa Rosa de Osos

El malestar que se observa en todas las clases sociales, debido al espíritu de rebeldía que se ha ido infiltrando en el pueblo cristiano, y que corrompe toda la masa social; el deseo inmoderado de libertad que impulsa la sociedad a sacudir el yugo de toda autoridad arrebatándole el temor de Dios e induciéndole a la insumisión y a la indiferencia; las ideas de igualdad que, falseando el verdadero sentido de las palabras, pretende implantar la masonería, haciendo que ya nadie quiera servir sino ser servido e infundiendo el más negro odio a los ricos, a los grandes y a los mismos ministros del santuario; en una palabra, el imperio que va adquiriendo sobre el mundo la soberbia, sutil como un perfume y halagadora como una diosa, pero imperiosa y dominadora, nos obliga a levantar el grito de alarma para advertir a nuestros amados diocesanos del peligro que nos amenaza, merced al poderío que, día por día, va alcanzando en todos los pueblos y en todas las latitudes el padre de la soberbia, que es Lucifer, e instruirlos acerca de este abominable vicio que reside en el fondo del alma y que es tan difícil de reconocer y sobre todo de arrancar: el orgullo.



El orgullo: ved aquí el primer pecado que se cometió en los cielos, el primer pecado que se cometió en la tierra y el último que, anegando el mundo, provocará la ira del Altísimo y hará derramarse sobre la humanidad la copa de la indignación de Dios. Y nos, que contemplamos la ola siempre creciente del espíritu de orgullo en las almas y en los pueblos, ¿habríamos de quedarnos silenciosos? Nos, que observamos llenos de dolor que la humanidad se va haciendo cada día más altiva, ¿no habríamos de recordarles que el Verbo de Dios se humilló a sí mismo y se hizo obediente hasta la muerte, para enseñarnos la humildad, tan difícil como indispensable, para la consecución de nuestro fin eterno? Vosotros mismos, hermanos nuestros carísimos,

habréis observado cómo de veras el espíritu de rebelión ha asentado sus reales en el mundo. Ved, en efecto, cómo se desconoce y se desprecia la autoridad, sea doméstica, eclesiástica o civil. El niño, la doncella, el hijo de familia, el hombre, la mujer, el rico, el pobre, nadie quiere ver a otro sobre sí, y, desconociendo el respeto debido a los superiores, les niegan además la obediencia. ¡Oh tiempos los que alcanzamos!

En épocas no lejanas, el sacerdote era el objeto de la veneración y del amor de los pueblos, y se le obedecía ciegamente como a un oráculo de la Divinidad; hoy, el sacerdote es para miles de cristianos un ser despreciable, oprobio de los hombres y abyección de la plebe; es el blanco de las iras de los enemigos de Dios, ora reconcentradas y ocultas, ora desencadenadas y manifiestas. La sumisión, que como a representante de Dios se le debe, pues a él le ha dicho el Señor: "Quien os escucha a vosotros, a mí me escucha; quien os rechaza a vosotros, a mí me rechaza" (Lucas 10, 16), se está convirtiendo en oposición y rebeldía; y el amor y la veneración, en sartal de injurias y desprecios.

Decidme ahora, hermanos carísimos, ¿dónde están la veneración y obediencia de los hijos para con los padres y de los inferiores para con los superiores? Las prédicas continuas de la impiedad, las lecturas en que se propagan, las ideas de igualdad y los malos ejemplos de los mayores han colocado en el terreno de las cosas corrientes la irreverencia y la insumisión, que se traducen en esta palabra: rebeldía. Iguales los hijos a los padres, iguales los inferiores a los superiores, iguales los súbditos a los mandatarios... ¡Oh tiempos!

El mundo anda al revés y es preciso que el pueblo cristiano vuelva sobre sus pasos, y que se destierre la soberbia, pecado capital, fuente de todos los males que afligen a la humanidad y que la llevarán, dentro de poco tiempo, a la catástrofe final, si no se arrancan los gérmenes de descomposición que radican en el alma de las multitudes sembrados por el orgullo, que tiene carcomidas las bases de la sociedad y la ha colocado al borde de vorágine profunda.

Quiero instruiros en esta carta pastoral sobre lo que es el orgullo y su gravedad; sus caracteres y notas principales; lo que Dios siente de él y sus remedios.

- I -

El orgullo, amo y señor del mundo, no quiere reconocer lo que es. Consiste en una estimación exagerada de sí mismo y un desprecio injusto de los demás, en tanto que la humildad, virtud opuesta a aquel pecado capital, tiene por base el conocimiento de sí mismo o, como decía santa Teresa: "La humildad es la verdad"; y así, por oposición, podemos definir el orgullo: el engaño, el error, la mentira, la falsedad. Nuestro Señor llamaba a los soberbios fariseos "sepulcros blanqueados". Aparecían en el exterior como unos santos; mas por dentro estaban llenos de corrupción y de pecado: la soberbia es la mentira en acción.

Santo Tomás define el orgullo diciendo que es el hecho de ir con la voluntad más arriba de donde uno está; etimológicamente significa, *ire supra*, ir sobre los demás. San Isidro, en su *Libro de las etimologías* dice: "Se llama soberbio el que quiere aparecer más de lo que es". Quiso

Lucifer aparecer más que Dios: fue soberbio. Quiso Adán ser como Dios: fue soberbio. Quieren las generaciones actuales ser ellas mismas su propia autoridad, rechazando a Dios en la teoría y en la práctica: son soberbias.

De la misma definición de la soberbia sacamos la conclusión de que no toda estima de sí mismo sea, sin embargo, soberbia. No: no es orgullo reconocer lo que somos, criaturas privilegiadas de Dios, elevadas por nuestra alma libre, inteligente e inmortal sobre toda la naturaleza sensible, y salidas de las manos de Dios poco menos que los ángeles, poco menos que el mismo Dios. No es orgullo reconocer que somos la porción elegida, el pueblo de adquisición de N. S., pertenecientes al reino espiritual de Cristo en el mundo y futuros habitantes del reino eterno en la gloria. No es orgullo reconocer nuestras cualidades físicas y morales, nuestra autoridad, en una palabra, los dones de alma y cuerpo que Dios nos haya concedido gratuitamente o que nosotros hayamos adquirido, ayudados de Dios. Aun las buenas obras que hagamos deben ser vistas no para envanecernos por ellas, sino para que Dios sea glorificado en ellas (cf. Mateo 5, 16).

En cuanto a la gravedad suma de este pecado, no hay por qué detenernos ahora en su consideración, sabiendo que es una violación descarada de los derechos de Dios, a quien el orgulloso desconoce y cuya gloria arrebató; sabiendo que es una impiedad, pues que el orgulloso pretende igualarse a Dios o superarlo; sabiendo que por el orgullo se han perdido tantos millones de ángeles, tantos millares de herejes y pecadores, tantos sabios olvidados de la verdadera sabiduría, tantos hombres del pueblo sin luz y sin discernimiento, pero llenos de sí mismos. Estas reflexiones nos abren el camino para que estudiemos con algún detenimiento los caracteres de este primer pecado capital.

- II -

El orgullo tiene sus caracteres y sus notas especiales que es preciso conocer para no caer en tan deplorable vicio. Hallamos, desde luego, la nota principal, que es la falsa estimación de sí mismo. ¿Por qué estimarse uno más allá de lo que vale y de lo que es? ¿Mi estimación sobre lo que soy acrecentará mis méritos? Desde este punto de vista, el orgullo es una verdadera locura. Hay enajenados que en el manicomio dan órdenes a sus dependientes, cuentan sus dineros, sus ganados, sus haberes y recorren sus haciendas... Todo lo cual no existe más que en su pobre imaginación enferma. Así, el orgulloso delira, creyéndose más de lo que es en realidad y despreciando injustamente a sus semejantes, tal como lo hiciera aquel prototipo del orgullo que nos dejó nuestro Señor en el Evangelio, en la parábola del fariseo y el publicano. El fariseo, odioso personaje por su hinchada soberbia, causó asco a la mirada de Dios cuando le vio tan presuntuoso, tan vacío de virtud y tan lleno de iniquidad, en una palabra, tan "sepulcro blanqueado".

Fuera de esta nota, que constituye por decirlo así la esencia del orgullo, encontraremos otras no menos odiosas que nos conviene estudiar para saber si adolecemos de esta mortal enfermedad moral. El orgulloso no se contenta con reconocerse cualidades, sino que las exagera en cuanto al número y la excelencia: se cree tan perfecto que no halla en sí el más leve defecto. Se cree tan superior a los demás que a nadie se puede comparar ni nadie podrá

desconocer jamás sus méritos. Desprecia y desacredita los demás para que aparezcan más esplendorosas sus cualidades. Lleno de sí mismo, el orgulloso no se ve más que a sí mismo, ni ama más que a sí mismo; a nadie se somete y quiere suplantarlos a todos. A nadie obedece; es imperioso cuando manda; ansía los honores y las dignidades; anda a la caza de las alabanzas y de los aplausos, se alaba a sí mismo, celebra sus propias hazañas, llegando aun a glorificar sus propios vicios. Los desprecios reales o imaginarios que recibe le enfurecen, excitan en su alma la venganza y aflojan su lengua para el dicerio, dejando destilar de su corazón bilis, odios y rencor mortal.

¡Cuántos de estos cristianos se encuentra uno en su camino no solo entre los ricos sino entre los pobres! Porque el orgullo habita entre las sedas y las piedras preciosas y los galones de oro, lo mismo que bajo los harapos y la miseria. Ahora, este joven o esta doncella que no pueden recibir sin protestas ni murmuraciones las órdenes y las advertencias de sus padres y superiores en el orden doméstico, en el orden espiritual, en el orden social: el orgullo los hace sublevarse y no querer admitir la superioridad de nadie; luego, aquellos hombres que no quieren admitir las disposiciones y mandatos que, dentro del orden y en el cumplimiento de sus deberes, dan los que han recibido de Dios la autoridad: el orgullo los lleva a protestar contra las leyes emanadas de arriba. Más allá está aquel adolescente que no quiere llevar el yugo de la obediencia ni reconocer autoridad alguna, ni en sus padres ni en sus maestros: olvida que es bueno al hombre, según la frase de Jeremías, llevar el yugo desde la adolescencia (cf. Lamentaciones 3, 27). Observemos también cómo hay padres y madres que no admiten que nadie les encuentre fallos a sus hijos y arman alborotos y provocan incendios hasta en aquellos casas en que es un superior quien echa en cara sus defectos y reprende a esos niños y jóvenes, deseando suplir en algo la incuria de sus padres: el orgullo les hace creer que sus hijos son unos ángeles. Sí, unos ángeles... No ven su propio orgullo ni ven los defectos de que adolecen sus hijos, ni los corrigen ni los dejan corregir. En otro lugar, sin que lo busquemos, nos encontramos con esos caracteres quisquillosos y susceptibles, ridículamente susceptibles, que a la menor palabra se hieren, al más pequeño reproche se irritan y que no olvidan la más insignificante ofensa; almas que se creen grandes porque no perdonan, olvidando que tanto más noble es un alma, cuanto más generosa es en perdonar, y tanto más generosa, cuanto mayor es la ofensa que perdona. Más tarde nos encontramos con uno de esos hombres de espíritu menguado que creen humillarse si asienten a las verdades de la fe o abatir su dignidad, si doblan la rodilla ante la majestad de Dios, o mermar su prestigio si se postran delante del confesor, ministro de Dios, a confesar sus culpas; o creen envilecerse si se inclinan reverentes ante la verja del sagrario en busca de la adorada eucaristía, o creen perder su grandeza si reverencian a aquellos a quienes Dios dijo: "Id y enseñad, predicad el Evangelio, salvad las almas, procuradme gloria". En fin, veremos muchos que hacen buenas obras por ser vistos, dan limosnas para que les digan caritativos, afectan piedad para que no los tachen de incrédulos, en una palabra, hacen el bien para que los admiren y alaben. ¡Oh dolor! Sí, es verdad que el número de los necios es infinito y no hay mayor necedad que el orgullo.

¡Qué vicio tan detestable y cómo hace odiosos a los que son víctimas de él! Para que lo odiemos más, oigamos lo que Dios mismo siente de él y que nos ha dejado escrito en los libros santos.

Tanto odia el Señor la soberbia que creó el infierno para aquellos espíritus purísimos porque no quisieron someterse a sus divinas disposiciones.

¿Por qué cayeron en el infierno Luzbel y sus secuaces? ¿Por qué Adán y Eva salieron llorando del paraíso? ¿Por qué el gran rey de Babilonia, Nabucodonosor, fue reducido a la condición de las bestias, alimentado como ellas con la yerba del campo, cubierto de pelo como ellas y crecieron sus uñas como las del buitre? ¿Por qué tantos males pesan sobre la humanidad? El principio de todo pecado dice el Eclesiástico (cf. 10, 15), es la soberbia, vicio abominable a los ojos de Dios y de los hombres (cf. Eclesiástico 10, 17). Dios detesta al soberbio (cf. Proverbios 8, 13) y al arrogante, y no solo no lo acepta en su amistad y gracia ni en las amplias mansiones de la gloria (cf. Salmo 101, 7), sino que quebrantará la dureza de su corazón (cf. Levítico 26, 19). Por la soberbia va el hombre a la apostasía (cf. Eclesiástico 10, 13) como lo estamos contemplando con el alma adolorida en nuestros días; ella atraerá sobre sí la humillación, porque Tú humillas, Dios mío, como al que cae herido, al soberbio (cf. Salmo 89, 10), “abates los ojos altaneros” (Salmo 18, 28) y los dispersarás en tu furor. En vista de estas amenazas, hermanos carísimos, hemos de tener presente que es mejor humillarse con los mansos, que repartir despojos con los soberbios (cf. Proverbios 16, 19). Nuestro Señor, que ha venido a la tierra a darnos ejemplo de vida, no nos encarece con propias palabras sino la mansedumbre: “Aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón; y hallaréis descanso para vuestras almas” (Mateo 11, 29).

No lo olvidemos jamás: “Dios resiste a los soberbios y da su gracia a los humildes” (Santiago 4, 6). Dios mira con dulces ojos a los humildes, pero ve desde lejos y con mirada airada a los altivos y soberbios (cf. Salmo 138, 6). Ved aquí, hermanos carísimos, por qué los santos han clamado siempre levantando sus manos al cielo, al pensar que la soberbia los podía alejar de Dios: *Domme, humilia me in ómnibus*: Señor, humíllame en todas las circunstancias de mi vida (cf. Eclesiástico 3, 18), para poder estar cerca de Jesús, que se humilló a sí mismo y se hizo obediente hasta la muerte. Y si no os humilláis a la vista de las humillaciones de Jesús, humillaos a la vista de su poder: humillaos bajo la mano poderosa del Señor para que Él os engrandezca (cf. 1 Pedro 5, 6). Jesús mismo había dicho antes que san Pedro: El que se humilla será ensalzado, y el que “se ensalza será humillado”. Dios ha prometido además que la oración del alma humilde romperá las nubes y que no despreciará un corazón contrito y humillado (cf. Salmo 51, 19), y, al par que salvará al pueblo humilde, humillará los ojos de los soberbios (cf. Salmo 18, 28).

Dios, que es la verdad eterna, ama la verdad; y la humildad, que es la misma verdad, consiste en el propio conocimiento. El soberbio, ofuscado por el brillo de su excelencia imaginaria, no puede ver nada de lo que hay en realidad. De aquí proviene el que se atribuya perfecciones de que carece y que no quiera ver los defectos de que adolece; de ahí viene que juzgue malos a los demás, aunque no tengan las densas sombras que a él lo oscurecen. Y ¿podría Dios amar esa falsedad ambulante que es el hombre soberbio? Sí, al que habla la mentira le perderá el Señor (cf. Salmo 5, 7), al que es por la soberbia una mentira viva, ¿no habrá de perderle? Porque Dios odia la mentira y al que la profiere le perderá (cf. Proverbios 6, 19).

Ya hemos visto en qué concepto tiene Dios la soberbia, cómo odia ese pecado y cuánto ama la virtud contraria. Tratemos ahora de buscar algún remedio a tan detestable vicio. Si detenemos nuestra consideración en lo que somos, no encontraremos por cierto motivo de orgullo, antes bien de humillación. Acuérdate hombre que eres polvo (cf. Génesis 3, 19), y que, según el lenguaje del santo Job, la vida es como una brisa ligera (cf. Job 7, 7), como una hoja que arrebatada el viento (cf. Job 13, 25) y como la sombra que pasa (cf. Job 8, 19). En sentir del Eclesiástico, somos un poco de heno y nada más. Somos como una flor del campo, dice el profeta Isaías, como una yerba de la playa (cf. Isaías 40, 6). Si somos, pues, un poco de polvo que se lleva el huracán, ¿de qué envanecemos? Todos los dones interiores y exteriores que tenemos los hemos recibido sin tener nada de nuestra propia cosecha, ¿de qué gloriamos, pues? ¿Qué tienes, pues, que no hayas recibido?, pregunta San Pablo. Si, pues, todo lo has recibido, ¿de qué te enorgulleces? (cf. 1 Corintios 4, 7). Fuera de esta consideración, si estás envanecido por las riquezas, ¿no sabes que el orín y la polilla las consumen? Si por el nacimiento, ¿ignoras acaso que todos los hombres descendemos de un mismo tronco y bajaremos a la tumba a convertimos todos en polvo? Si por los dones de la inteligencia y del saber, ¿no sabes que hay manicomios y que allí puedes tú ir a parar como tantos han ido, privados del uso de sus facultades? Por otra parte, ¿qué será tu ciencia en comparación de lo que te falta por aprender, y en comparación de la ciencia infinita de Dios? Y si te crees tan grande y tan poderoso, ¿por qué no te libras de las garras de la muerte? Tienes que reconocer que esta reina sombría es más poderosa que tú. ¿A qué viene, pues, tu soberbia?

Pensad, además, hermanos carísimos, en los ejemplos que nos ha dejado nuestro divino Salvador. El orgullo busca las alturas, Jesús busca el abatimiento. El Dueño de los cielos y los mundos nace en un portal, servido por los coros de los ángeles en las mansiones de la gloria; viene a la tierra a servir para condenar el orgullo, que levanta altiva la cabeza y dice como Luzbel: “¡No serviré!” (Jeremías 2, 20). Jesús se hace obediente hasta la muerte y muerte de cruz, obedece a Dios su Padre, a José y a María y a los príncipes de la tierra, sus criaturas (cf. Filipenses 2, 8). Busca el orgullo los honores y las distinciones y huye de los desprecios y las humillaciones; Jesús se esconde de su pueblo que, agradecido, le quiere proclamar rey; durante la pasión, se deja herir en el rostro, se deja escupir y abofetear, se deja azotar como a vil facineroso, se deja coronar de espinas y vestir de púrpura irrisoria, se deja en fin crucificar como un malhechor, y muere abrumado, más por la abundancia de los oprobios que por la inmensidad de su dolor.

Venerables sacerdotes del Altísimo:

Vosotros, como nos lo habréis observado y lo habréis repetido cien veces a vuestros feligreses: el principio de autoridad no se quiere ya reconocer; a la Iglesia, depositaria de la divina autoridad, se la quiere postergar, no ya a golpes de chafarote y de fusil, sino con una cultura y una suavidad muy semejantes a las de los hipócritas del tiempo de nuestro Señor. Con la sonrisa en los labios, pero con una dosis increíble de hiel y de soberbia en el corazón, se prescinde de la Iglesia y se la quiere relegar al olvido, y a sus ministros a la sacristía. Y lo que más embarga el alma de amargura es pensar que los apóstoles de esta corriente, la cual

no es en resumen más que la separación de la Iglesia y del Estado, son muchos de los amigos del orden que se están cansando de la dulce paz que trae consigo la libertad de la Iglesia, fuente de la tranquilidad y el orden. Esta corriente de laicismo y de prescindencia de la Iglesia y de separación de la Iglesia y el Estado, provenientes del espíritu de soberbia de que hemos hablado, tenemos que combatirla con toda la energía de nuestra alma sacerdotal, aunque con toda la prudencia del Espíritu Santo; porque, si el enemigo no duerme, nosotros tenemos que estar sobre aviso para rechazar sus asechanzas.

Observad además que en los niños y jóvenes hay una rebeldía no vista hasta aquí: no quieren obedecer, no quieren sujetarse; quieren mandar. Y, para colmo de males, el socialismo o más bien la masonería ha logrado tales triunfos en su labor de tinieblas, que ya es un problema encontrar sirvientes y sirvientes y hasta peones, porque la igualdad predicada por los errores modernos coloca a todo el mundo en el ramo señorial y en el de los ricos y potentados; y gritando vivas a la *democracia* pretenden, sin embargo, pertenecer a la *aristocracia*. Ved la igualdad... la imposible igualdad de la masonería y el socialismo.

Nadie arriba, ni el mismo Dios. Hace apenas veinte años el cadáver de un hombre de Normandía, cerca de Rendón, fue hallado con esta inscripción grabada en el pecho. "Ni Dios ni amo". Y para allá va la sociedad actual: no quiere ni *Dios ni amo*.

Para cortar el mal a tiempo a esa insumisión y rebeldía de niños y jóvenes, no vayáis a pasar de largo en las confesiones semanales o mensuales de las escuelas y colegios. Las reglas teológicas son muy explícitas; y el grave mal de la soberbia de este siglo necesita un correctivo enérgico. Si las generaciones que se levantan siguen empapándose en el espíritu de rebelión que invade la sociedad actual, tendremos que llorar dentro de poco con lágrimas de sangre los terribles males que azotarán la humanidad.

A luchar, carísimos hermanos, a luchar contra el demonio del orgullo, imitando a nuestro divino modelo, Jesús. Vosotros niños, a obedecer a vuestros padres y superiores; jóvenes y doncellas, a dominar vuestro orgullo y vanidad y a reconocemos por lo que sois; vosotros, hombres y mujeres que formáis la porción madura de la sociedad, haced que vuestros ejemplos sirvan de norma a vuestros inferiores, quienes deben ver en vosotros dechados de virtud y no ejemplares de soberbia y pecado. Dios mira a los humildes, pero ve desde lejos y con rostro airado a los altivos y soberbios (cf. Salmo 138, 6).

Esta Pastoral será leída en dos domingos consecutivos en todas las Iglesias y capillas de nuestra Diócesis.

Dada en Santa Rosa, firmada por nos, refrendada por nuestro secretario y sellada con nuestro sello en nuestro despacho episcopal el 30 de agosto de 1925, día de santa Rosa de Lima, patrona de la Diócesis.

+ Miguel Ángel Builes
Obispo de Santa Rosa de Osos